

mayor; pero por otro lado es preciso reconocer que las esperanzas y los deseos son allí frecuentemente burlados, las almas mas conmovidas é inquietas, y las zozobras y los cuidados mas sensibles.

CAPÍTULO XIV.

De qué manera el gusto por los goces materiales se une entre los americanos al amor de la libertad, y al cuidado de los negocios públicos.

Cuando un Estado democrático vuelve hácia la monarquía absoluta, la actividad que se tenia anteriormente en los negocios públicos y en los privados, viniendo de golpe á reconcentrarse en estos últimos, resulta por algun tiempo una grande prosperidad material; mas presto se afloja el movimiento y cesa el desarrollo de la produccion.

No creo que se pueda citar un solo pueblo ma-

nufacturero y comerciante, desde los tirios hasta los florentinos y los ingleses, que no haya sido libre; luego hai un lazo estrecho y existe una relacion necesaria entre la libertad y la industria.

Esto se observa generalmente en todas las naciones, pero con especialidad en las democráticas.

He hecho ver anteriormente por qué los hombres que viven en los siglos de igualdad tienen una continua necesidad de la asociacion para procurarse casi todos los bienes que codician, y por otra parte he manifestado cómo la grande libertad política perfeccionaba y vulgarizaba en su seno el arte de asociarse. La libertad en estos siglos es útil particularmente á la produccion de las riquezas; y puede verse, al contrario, que el despotismo le es perjudicial.

El natural del poder absoluto en los siglos democráticos no es ni cruel ni bárbaro, pero sí minucioso y delicado en extremo. Un despotismo de esta suerte, aunque no menosprecie la humanidad, se opone directamente al genio del comercio y á los instintos de la industria. Así, los hombres de los tiempos democráticos tienen necesidad de ser libres, á fin de procurarse con mas comodidad los goces materiales por que anhelan incesantemente.

Sin embargo, sucede algunas veces que el gusto excesivo que conciben por estos mismos goces, los



entrega al primer dueño que se presenta. La pasion del bienestar se vuelve contra ella misma, y aleja sin descubrirlo el objeto de sus ansias.

En la vida de los pueblos democráticos hai en efecto un paso mui peligroso.

Cuando el gusto de los goces materiales se desenvuelve en uno de estos pueblos con mas rapidez que las luces y los hábitos de la libertad, sobreviene un momento en que los hombres son arrastrados como fuera de sí mismos á la vista de estos nuevos bienes que van presto á adquirir. Preocupados con el solo cuidado de hacer fortuna, no ven el lazo estrecho que une la particular de cada uno de ellos á la prosperidad de todos; y no hai necesidad de arrancar á tales ciudadanos los derechos que poseen, pues los dejan voluntariamente escapar ellos mismos. El ejercicio de sus deberes políticos les parece un contratiempo que les distrae de su industria; y si se trata de elegir sus representantes, de prestar auxilio á la autoridad, de discutir en comun los negocios públicos, el tiempo les falta, porque no saben disiparlo en trabajos inútiles: estos son allí juegos de ociosos que no convienen á hombres graves ocupados de los intereses serios de la vida. Tales gentes creen seguir la doctrina del interes, pero no forman de ella sino una falsa idea, y para atender mejor á lo que llaman sus negocios,



descuidan el principal, que es el ser siempre dueños de sí mismos.

No queriendo los ciudadanos que trabajan pensar en la cosa pública, y no existiendo la clase que podría encargarse de este cuidado para llenar sus ocios, el lugar del gobierno queda como vacío. Si en este momento crítico, un hábil ambicioso viniese á apoderarse del mando, encontraría sin duda abierta la vía á todas las usurpaciones.

Si cuida algún tiempo de que todos los intereses materiales prosperen, el campo le quedará libre; tanto más si garantiza el buen orden. Los hombres que aman los goces materiales descubren de qué manera las agitaciones de la libertad turban el bienestar, ántes de observar cómo la libertad contribuye á procurárselo, y el menor ruido de las pasiones públicas al penetrar en medio de los pequeños goces de su vida privada, los despierta y les quita el sosiego: el miedo de la anarquía los tiene por mucho tiempo en suspenso, prontos siempre á arrojarse fuera de la libertad al primer desorden.

Convendré sin dificultad en que la paz pública es un gran bien; pero no quiero sin embargo olvidar que al través del buen orden han llegado los pueblos á la tiranía. No por esto se debe entender que los pueblos deban despreciar la paz pública, sino que es preciso que no se contenten solo con



ella. Una nación que no pide á su gobierno sino la conservación del orden es ya esclava en la esencia, porque se hace esclava de su bienestar, y puede aparecer fácilmente el hombre que ha de encadenarla.

El despotismo de las facciones no es ménos temible que el de un solo hombre.

Cuando la masa de los ciudadanos no quiere ocuparse sino de sus asuntos privados, los partidos ménos numerosos no deben perder la esperanza de hacerse dueños de los negocios públicos. Entónces no es raro ver en la vasta escena del mundo, así como en nuestros teatros, una multitud representada por algunos hombres. Esos hablan solos en nombre de una muchedumbre ausente ó descuidada; solos obran en medio de la inmovilidad universal; disponen según sus caprichos de todas las cosas, cambian las leyes y tiranizan á su antojo las costumbres: se asombra uno al contemplar el pequeño número de débiles é indignas manos en que puede caer un gran pueblo.

Hasta el día los americanos han evitado felizmente todos los escollos que acabo de indicar, y en verdad merecen por esto que se les admire.

Quizá no existe país en la tierra donde se encuentren ménos ociosos que en América, y donde todos los que trabajan busquen con más ansia el



bienestar. Pero si la pasión de los americanos por los goces materiales es violenta, á lo ménos no es ciega, y la razón, aunque incapaz de moderarla, la dirige.

Un americano se ocupa de sus negocios privados como si estuviese solo en el mundo, y un momento despues se entrega á la cosa pública como si los hubiese olvidado: tan pronto se cree animado de la ambición mas egoísta, tan pronto poseído del patriotismo mas vivo, y parece imposible que el corazón humano pueda dividirse de esta manera. Los habitantes de los Estados-Unidos muestran alternativamente una pasión tan violenta y tan semejante por su bienestar y su libertad, que puede creerse que estas pasiones se unen y se confunden en algun lugar de su alma. Los americanos ven en su libertad el mejor instrumento y la mas grande garantía de su bienestar, y aman estas dos cosas la una por la otra. No piensan que no les interese el mezclarse en los negocios públicos, ántes al contrario creen que su principal objeto debe ser asegurar por sí mismos un gobierno que les permita adquirir los bienes que desean, y que no les prohiba gozar en paz los que ya han adquirido.

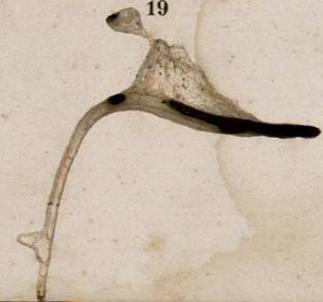


CAPÍTULO XV.

De qué manera las creencias religiosas atraen de tiempo en tiempo el alma de los americanos hácia los goces inmateriales.

Quando llega el sétimo día de la semana en los Estados-Unidos, la vida comercial é industrial de la nación parece suspendida, pues todo movimiento y ruido cesa absolutamente. Un profundo reposo, ó mas bien una especie de recogimiento solemne le sucede, y el alma entra al fin en posesión de sí misma y se contempla.

Durante este día los lugares consagrados al comercio están desiertos; cada ciudadano rodeado



de su familia se dirige al templo : allí se le preparan discursos estraños que parecen poco á propósito para su oído : se le habla de los innumerables males causados por el orgullo y la codicia ; de la necesidad de arreglar sus deseos ; de los goces que nacen de la virtud, y de la verdadera dicha que la acompaña.

Vuelto á su habitacion, no se le ve correr á los registros de sus negocios ; abre el libro de las Santas Escrituras, y encuentra pinturas sublimes y patéticas de la grandeza y de la bondad del Criador, de la magnificencia infinita de las obras de Dios, del alto destino reservado á los hombres, de sus deberes y de sus derechos á la inmortalidad.

Así es como de tiempo en tiempo el americano huye en cierto modo de sí mismo, y arrancándose por un momento á las pequeñas pasiones que agitan su vida y á los intereses pasajeros que la llenan, penetra de repente en un mundo ideal en donde todo es grande, puro y eterno.

He examinado en otro lugar de esta obra las causas á que era preciso atribuir la conservacion de las instituciones políticas de los americanos, y la religion me ha parecido ser una de las principales. Hoi que me ocupo de los individuos, la encuentro de nuevo y descubro que no es ménos útil á cada ciudadano que á todo el Estado.



Los americanos muestran por su práctica, que sienten la necesidad de moralizar la democracia con la religion. Lo que piensan de sí mismos sobre esto es una verdad de que toda nacion democrática debe estar penetrada.

No dudo que la constitucion social y política de un pueblo lo disponga á ciertas creencias y á ciertos gustos en que abunde en seguida sin dificultad, miéntras que estas mismas causas lo separen de ciertas opiniones y de ciertas inclinaciones, sin que trabaje por sí mismo en ello ó, por mejor decir, sin que se lo figure.

Todo el arte del legislador consiste en discernir bien estas inclinaciones naturales de las sociedades humanas, para saber cuándo es necesario ayudar el esfuerzo de los ciudadanos y cuándo convendrá mas bien debilitarlo ; pues sus obligaciones difieren segun los tiempos, y lo único que hai inmóvil es el objeto á que debe siempre dirigirse el género humano, porque los medios para llegar á él varían constantemente.

Si yo hubiese nacido en un siglo aristocrático, en medio de una nacion en que la riqueza hereditaria de los unos y la pobreza irremediable de los otros desviasen igualmente los hombres de la idea de lo mejor, y tuviesen las almas como aletargadas en la contemplacion del otro mundo, querria que



se me permitiese estimular en un pueblo semejante el sentimiento de las necesidades; me ocuparía en descubrir los medios mas cómodos y rápidos para satisfacer los nuevos deseos que habría hecho nacer, y dirigiendo hácia los estudios físicos los mas grandes esfuerzos del espíritu humano, trataría de excitarlo á la investigacion del bienestar.

Si sucediese que algunos hombres se acalorasen inconsideradamente en busca de la riqueza, y mostrasen un amor escesivo por los goces materiales, no me alarmaría; pues estos rasgos particulares desaparecerían pronto en la fisonomía comun.

Mas los legisladores de las democracias tienen otros cuidados.

Que se dé á los pueblos democráticos luces y libertad y se les deje obrar, y llegarán á obtener sin dificultad todos los bienes que el mundo puede ofrecer; perfeccionarán las artes útiles y harán todos los días la vida mas cómoda, mas agradable y mas dulce: su estado social los inclina naturalmente hácia este lado y no temo que ellos se detengan.

Pero miéntras que el hombre se ocupa en esta averiguacion honesta y legítima del bienestar, debe temerse que al fin pierda el uso de sus mas sublimes facultades, y que al pretender mejorarlo

todo al rededor suyo, se degrade él mismo. Aquí y no en otra parte está el peligro.

Es preciso que los legisladores de las democracias y todos los hombres honrados y distinguidos que en ellas viven, se apliquen sin descanso á elevar las almas y á tenerlas dirigidas al cielo. Es necesario que todos los que se interesan en el porvenir de las sociedades democráticas se unan, y de concierto hagan continuos esfuerzos para estender en el seno mismo de estas sociedades el gusto por lo infinito, el sentimiento de lo grande y el amor de los placeres inmateriales.

Si se encuentran entre las opiniones de un pueblo democrático algunas de esas malignas teorías que tienden á hacer creer que todo perece con el cuerpo, considérense los hombres que las profesan como los enemigos naturales de este pueblo.

Encuentro entre los materialistas muchas cosas que me ofenden. Sus doctrinas me parecen perniciosas, y su orgullo me indigna: si su sistema pudiese servir de alguna utilidad al hombre, me parece que sería solamente dándole una modesta idea de sí mismo; pero ellos no dejan ver que sea así y cuando creen haber probado suficientemente que son unos brutos, se muestran tan soberbios como si hubiesen demostrado que eran Dioses.

El materialismo es en todas las naciones una enfermedad peligrosa del espíritu humano, pero debe temerse con particularidad en un pueblo democrático, porque se combina maravillosamente con el vicio del corazón más familiar en estos pueblos.

La democracia favorece el gusto de los gozos materiales, y si este gusto se hace excesivo, dispone bien pronto los hombres á creer que todo es materia; y el materialismo, á su vez, acaba por arrastrarlos con un ardor insensato hácia estos mismos gozos materiales. Tal es el círculo fatal á que las naciones democráticas son impelidas: conviene, pues, que vean el peligro y se contengan.

La mayor parte de las religiones no son sino medios generales, simples y prácticos de enseñar á los hombres la inmortalidad del alma, y esta es la principal ventaja que un pueblo democrático saca de las creencias, y lo que las hace más necesarias en tal pueblo que en todos los otros.

Cuando una religión, cualquiera que sea, ha echado profundas raíces en el seno de una democracia, es necesario no conmoverla; conviene conservarla como la herencia más preciosa de los siglos aristocráticos; no tratéis de arrancar jamás á los hombres sus antiguas opiniones religiosas para sustituir otras nuevas, porque en el tránsito de



una fe á otra el alma puede encontrarse un momento vacía de creencias, estenderse en ella el amor de los gozos materiales, y venir estos á ocuparla totalmente.

La metempsicosis, en verdad, no es más razonable que el materialismo, pero si fuese absolutamente indispensable que una democracia eligiese entre los dos, no vacilaría en juzgar que los ciudadanos corren menos riesgo de embrutecerse pensando que su alma va á pasar al cuerpo de un cerdo, que creyendo que no existe.

La creencia de un principio inmaterial é inmortal, unido por cierto tiempo á la materia, es tanto más necesaria á la grandeza del hombre, cuanto que produce excelentes efectos, aun sin hacer mérito de las recompensas y de las penas, y limitándose á pensar que después de la muerte el principio divino encerrado en el hombre se absorbe en Dios ó va á animar otra criatura.

Aquellos consideran el cuerpo como la porción secundaria é inferior de nuestra naturaleza, y le desprecian aun en el momento mismo de sufrir su influencia, en tanto que hacen un aprecio natural, y tienen una admiración secreta por la parte inmaterial del hombre, sin embargo de rehusar algunas veces someterse á su imperio. Esto basta para dar un cierto giro elevado á sus ideas y á sus gustos, y



para dirigirlos sin interes y como por sí mismos hácia los sentimientos puros y las grandes ideas.

No es una cosa averiguada que Sócrates y su escuela tuviesen opiniones fijas sobre lo que seria del hombre en la otra vida ; pero la sola creencia que admitian , de que el alma no tiene nada de comun con el cuerpo y que ella le sobrevive , bastó para dar á la filosofia platónica esa especie de elevacion sublime que la distingue.

Cuando se lee á Platon , se descubre que en los tiempos anteriores á él y en el suyo mismo , existian muchos escritores que preconizaban el materialismo. Sus escritos no han venido hasta nosotros, ó han llegado mui incompletamente. Así ha sucedido en casi todos los siglos ; la mayor parte de las grandes reputaciones literarias se han unido al espiritualismo ; el instinto y el gusto del género humano sostienen esta doctrina, la salvan frecuentemente á despecho de los mismos hombres , y conservan los nombres de los que se adhieren á ella. No hai que creer, pues, que la pasion de los goces materiales y las opiniones que nacen de ella puedan bastar jamas á un pueblo , cualquiera que sea por otra parte su estado político. El corazon del hombre es mas vasto de lo que se le supone; puede sentir á un mismo tiempo el gusto por los bienes de la tierra y el amor por los del cielo , y aunque



parezca algunas veces entregarse con pasion á uno de los dos, jamas pasará mucho tiempo sin ocuparse del otro.

Si es fácil ver que particularmente en los tiempos de democracia es cuando mas importa hacer reinar las opiniones espiritualistas , no lo es el decir de qué manera deben obrar los que gobiernan los pueblos democráticos para que ellas reinen.

No creo en la prosperidad ni en la duracion de las filosofías administrativas y, en cuanto á las religiones de Estado, siempre he creido que si alguna vez podian servir momentáneamente los intereses del poder político, tarde ó temprano serian fatales á la Iglesia.

No soi tampoco del número de los que juzgan que para realzar la religion á los ojos de los pueblos y honrar el espiritualismo que ella profesa , convenga dar indirectamente á sus ministros una influencia política que la lei les rehusa. Me siento tan penetrado de los peligros que corren las creencias cuando sus intérpretes se mezclan en los negocios públicos, y estoi tan convencido de que es preciso mantener á todo trance el cristianismo en el seno de las democracias nuevas, que preferiria encadenar los sacerdotes en el santuario á dejarlos salir de él. ¿ Qué medios quedan , pues, á la autoridad para conducir los hombres hácia las opinio-



nes espiritualistas ó retenerlos en la religion que las sugiere ?

Lo que voi á decir me perjudicará en concepto de los políticos. Creo que el solo medio eficaz de que los gobiernos pueden servirse para honrar el dogma de la inmortalidad del alma, es obrar siempre como si ellos mismos lo creyesen ; y pienso que conformándose escrupulosamente á la moral religiosa en los grandes negocios, es como pueden lisonjearse de enseñar á los ciudadanos á conocerla, á amarla y á respetarla en los pequeños.

CAPÍTULO XVI.

De qué manera el amor excesivo del bienestar puede dañar al mismo bienestar.

Existe un enlace mas estrecho de lo que se piensa entre la perfeccion del alma y la mejora de los bienes del cuerpo : el hombre puede dejar separadas estas dos cosas, y contemplarlas alternativamente, mas no podrá nunca separarlas del todo sin perderlas al fin ambas de vista.

Las bestias tienen los mismos sentidos que nosotros, y poco mas ó ménos quieren las mismas cosas : no hai pasiones materiales que no nos sean